

Aristóteles. Capítulo II del “Tratado de la Sensación y de las Cosas Sensibles” en “*Obras Completas*”. Tomo III. Buenos Aires: Bibliográfica Omega, 1967.
pp. 43-49

De todas estas facultades, es la vista la más importante con relación a las necesidades del animal, y también considerada en sí misma; más para la inteligencia, aunque de una manera indirecta, es más importante el oído. Y así, la facultad de la vista nos revela en las cosas las diferencias más numerosas y variadas, por que todos los cuerpos sin excepción tienen color. De aquí, como consecuencia, que por la vista sobre todo percibimos las propiedades comunes, y llamo propiedades comunes a la figura, a la magnitud, al movimiento, al reposo, al número. Por el contrario, el oído en general sólo da a conocer las diferencias del sonido; y en ciertos seres también las diferencias de la voz. Pero indirectamente el oído es el que hace el mayor servicio al pensamiento, puesto que el lenguaje es la causa de que se instruya el hombre, y el lenguaje es percibido por el oído, no en sí mismo, pero sí indirectamente; porque el lenguaje se compone de palabras, y las palabras no son otra cosa que signos. De esta manera se ve claramente por qué los ciegos de nacimiento son más inteligentes que los sordomudos.

Aristóteles. Capítulo I del “Tratado de la Memoria y la Reminiscencia” en “*Obras Completas*”. Tomo III. Buenos Aires: Bibliográfica Omega, 1967.
pp. 91-98

Suponiendo exacto todo lo dicho respecto de la memoria, ¿lo que se recuerda es la impresión del espíritu o el objeto mismo que la ha producido? Si es la impresión, no recordaríamos ni poco ni mucho las cosas que están ausentes; y si es el objeto, ¿cómo es que en el acto de sentir la impresión recordamos el objeto ausente que no sentimos? Admitiendo que haya en nosotros algo semejante a un sello o a una pintura, ¿en qué consiste que, no sintiendo más que esta cosa, recordamos sin embargo otra, y no recordamos esta cosa misma?

Cuando se recuerda algo, contempla uno en sí esta impresión, y no se siente otra cosa que ella; ¿cómo es que se recuerda, sin embargo, un objeto que no está presente? Esto equivaldría a ver y oír una cosa que no está presente. ¿Pero no hay modo de explicar como es posible este fenómeno y como se realiza? El animal pintado en un cuadro es a la vez un animal y una copia, y no obstante ser uno y el mismo, es, sin embargo,, aquellas dos cosas a la vez. El ser del animal y el de la imagen, no son a pesar de esto idénticos, y podemos representarnos esta pintura, ya como animal, ya como copia de un animal. Es preciso suponer también, que con la imagen que se pinta en nosotros sucede absolutamente lo mismo, y que la noción, que el alma contempla; es cierta cosa por sí misma, si bien es igualmente la imagen de otra cosa. Y así, en tanto que se considera en sí misma, es una representación del espíritu, es una imagen; y en tanto que hace relación a otro objeto, es como una copia y un recuerdo.

Aristóteles. “Conclusión de la Teoría de la Sensibilidad”, del Libro III del “Plan general del tratado del alma” en el Tratado del alma en “*Obras Completas*”. Tomo II. Buenos Aires: Bibliográfica Omega, 1967.
pp. 423-430.

Es preciso distinguir con cuidado la imaginación de la sensación y del pensamiento intelectual. Es cierto que la imaginación no se produce sin la sensación, y que sin ella tampoco es posible la concepción a la inteligencia; pero la concepción y el pensamiento no se confunden. La imaginación no sólo depende de nosotros, de nuestra voluntad, y por medio de ella podremos poner los objetos delante de nuestros ojos casi tan distintamente como los encontramos en los emblemas y en y en los signos mnemotécnicos de que nos servimos a veces. La opinión, por el contrario, no depende de nosotros; la opinión, que adquirimos es presencia de una sensación, es necesariamente verdadera o falsa. Además, si nuestra opinión tiene por objeto alguna cosa terrible, en el momento nos sentimos aterrados; así como si el

objeto es agradable, en el acto nos sentimos tranquilos. La imaginación, por el contrario, es una especie de espectáculo que no nos conmueve más de lo que nos conmueven las pinturas que representan cosas espantosas y horribles. No pretendemos por otra parte estudiar aquí las diferencias que la concepción intelectual puede presentar, ciencia, opinión, prudencia y sus contrarias, porque esto es objeto de otra obra; lo único que queremos mostrar es la distancia que separa la imaginación de la inteligencia. La concepción es la inteligencia lo que la imaginación es a la sensibilidad. Nos ocuparemos primero de la imaginación, y estudiaremos después la inteligencia.

Si la imaginación es la facultad que nos presenta imágenes (palabra que no tomamos aquí en un sentido puramente metafórico), puede ser considerada como una de las facultades mediante las que conocemos lo verdadero o lo falso. Ahora bien, estas facultades son la sensación, la opinión, la ciencia y la inteligencia. ¿La imaginación es una de estas facultades? ¿Es por lo pronto la sensación? La sensación es doble, como hemos dicho, pues que se da en acto o en simple potencia, como la visión y la vista. Sin que tengan lugar u otra especie de sensación, podemos percibir imágenes, como sucede en los sueños. Además, la sensación es siempre actual, y la imaginación no lo es. Si la imaginación se confundiese con el acto de la sensación, se la encontraría sin excepción en todos los animales dotados de sensibilidad. ¿Se encuentra la imaginación, por ejemplo, en la hormiga, e la abeja, en el gusano? Añádase a esto, que todas las sensaciones son siempre verdaderas, y que la mayor parte de las representaciones de la imaginación son falsas. Cuando tenemos una percepción exacta de un objeto sometido a la acción de nuestra vista, no decimos, como cuando se trata de la imaginación, que nos parece, que se nos figura que este objeto es de tal o de cual manera; respecto de las sensaciones, no empleamos estas expresiones dubitativas sino cuando tenemos necesidad de un segundo y más

atento examen para asegurarnos de lo que es el objeto. Si la imaginación no es la sensación, mucho menos será una de estas facultades eternamente verdaderas, la ciencia, el entendimiento, la inteligencia. Si a veces la imaginación es verdadera, con más frecuencia es falsa. Queda, pues, por saber si la imaginación es la opinión, puesto que no puede ser ni la sensación, ni la ciencia, ni la inteligencia. La opinión es también falsa a veces; pero la opinión producida en nosotros por la sensación lleva consigo necesariamente y como consecuencia una creencia, una convicción del espíritu. Pues bien, esta creencia, esta convicción, no pueden pertenecer a los brutos, mientras que la imaginación pertenece, sino a todos, por lo menos a muchos de ellos. En fin, la convicción implica necesariamente la razón; y si algunas bestias tienen imaginación, no hay una que está dotada de razón. Si la imaginación no es ni la opinión que acompaña a la sensación, ni el resultado de la sensación, ¿es, por ventura, una combinación de la sensación y de la opinión? Aún admitiendo que se haga esta combinación, no será sin duda la compuesta de la sensación, que nos da un objeto y de la opinión que nos formamos de este mismo objeto, como resultado de la impresión recibida; porque aquí no puede tratarse de la sensación causada por cierto objeto y de la opinión relativa a un objeto diferente. Por lo demás, es preciso tener en cuenta que las imágenes de algunos objetos pueden ser falsas, por más que la concepción de ellos sea perfectamente verdadera. La imagen del sol tiene para nosotros un pie de diámetro; y sin embargo, sabemos, sin que nos quepa la menor duda, que es más grande que la tierra. En este caso, por lo tanto, o se pierde la opinión verdadera que se tenía de la cosa, sin que por otra parte la cosa misma llegue a mudar; o, si se conserva esta misma opinión es a la vez verdadera y falsa. Concluamos, pues, que la imaginación no es ninguna de las facultades que hemos enumerado, ni el resultado de estas facultades.

Pero puede decirse que la imaginación está indisolublemente unida a la sensación porque sin la sensación, este movimiento particular, a quedamos el nombre de imaginación, no

se produce; que sólo tiene lugar en los seres que sienten; que el ser que posee la imaginación, puede verse movido por ella en diversas formas, ya activa, ya pasivamente; y, en fin, que la imaginación puede ser igualmente verdadera que falsa. He aquí como, estando la imaginación tan cerca de la sensación puede ser falsa, mientras que la sensación no lo es nunca. La sensación de los objetos propios es siempre verdadera sin excepción; o, por mejor decir, contiene el menor error posible: pero la sensación, en la que los objetos propios sólo son accesorios, puede ser ya errónea. Cuando se dice, por ejemplo, que tal cosa es blanca, no cabe equivocación; pero si se dice que esta cosa blanca es tal o cual cosa, se puede entonces cometer un error, y con mucha más razón si se trata de cosas comunes a todos los sentidos y de los accidentes de los objetos propios, como del movimiento, de la magnitud, etc. Pero el movimiento producido por el acto mismo de la sensación, la imaginación, diferirá de estas tres especies de sensaciones. El primer movimiento causado por la sensación actual del objeto presente es verdadero; los otros dos pueden ser falsos, aún cuando el objeto esté presente, y mucho más cuando está distante. Y así la imaginación será el movimiento causado por la sensación en acto. Pero como la vista es el principal de nuestros sentidos la imaginación ha recibido su nombre de la imagen que la luz nos revela. Además, como la imagen subsiste en el espíritu en todo igual a las sensaciones hay animales que obran mediante la imaginación, como obran mediante la sensación; los unos, porque no están dotados de inteligencia, como los brutos; los otros, por que a veces su inteligencia está eclipsada por las pasiones, las enfermedades o el sueño, como sucede con el hombre. He aquí lo que teníamos que decir acerca de la imaginación.

Las demás producciones se llaman creaciones. Todas las creaciones son efecto de un arte, o de un poder, o del pensamiento.

Las producciones del arte son aquellas cuya forma está en el espíritu; y por forma entiendo la esencia de cada cosa, su sustancia primera. Los contrarios tienen, bajo un punto de vista, la misma forma sustancial. Entre las producciones y los movimientos hay unos que se llaman pensamientos y otros que se dicen operaciones: los que provienen de la causa productora y de la forma son los pensamientos; los que tienen por principio la última idea a que llega el espíritu, son operaciones.

Por tanto, el principio productor, la causa motriz de la salud, si es fruto del arte, es la idea que está en el espíritu; si es fruto del azar tendrá ciertamente por principio la cosa misma, por medio de la cual la hubiera producido el que la produce por el arte.

Aristóteles. *“Capítulo I del Tratado de la Memoria y la Reminiscencia”* en *Obras Completas. Tomo III*. Buenos Aires: Bibliográfica Omega, 1967.

Pp. 94-98

La imagen no es sino una afección del sentido común. De aquí resulta evidentemente, que el conocimiento de estas ideas se adquiere mediante el mismo principio de la sensibilidad. Ahora bien, la memoria de las cosas intelectuales tampoco puede tener lugar sin imágenes, y por consiguiente tan sólo indirectamente se aplica la memoria a la cosa pensada por la inteligencia; pues considerada en sí, no se refiere sino al principio sensible.

Podría preguntarse ahora en qué consiste que, estando presente solamente la modificación del espíritu y ausente el objeto mismo a que se refiere, se puede recordar lo que no está presente. Evidentemente debe creerse, que la impresión que se produce en el alma como resultado de la

sensación y en esta parte del cuerpo que percibe la sensación, es análoga a una especie de pintura, y que la percepción de esta impresión constituye precisamente lo que se llama memoria. El movimiento, que se verifica entonces, graba en el espíritu una especie de tipo de la sensación, análogo al sello que se imprime en la cera con un anillo.

Pero suponiendo exacto todo lo dicho respecto de la memoria, ¿lo que se recuerda es la impresión del espíritu o el objeto mismo que la ha producido? Si es la impresión, no recordaríamos ni poco ni mucho las cosas que están ausentes; y si es el objeto, ¿cómo es que en el acto de sentir la impresión recordamos el objeto ausente que no sentimos? Admitiendo que haya en nosotros algo semejante a un sello o a una pintura, ¿en qué consiste que, no sintiendo más que esta cosa, recordamos sin embargo otra, y no recordamos esta cosa misma? Cuando se recuerda algo, contempla uno en sí esta impresión, y no se siente otra cosa que ella; ¿cómo es que se recuerda, sin embargo, un objeto que no está presente? Esto equivaldría a ver y oír una cosa que no está presente. ¿Pero no hay modo de explicar cómo es posible este fenómeno y cómo se realiza? El animal pintado en un cuadro es a la vez un animal y una copia, y no obstante ser uno y el mismo, es, sin embargo, aquellas dos cosas a la vez,. El ser del animal y el de la imagen, no son, a pesar de esto idénticos, y podemos presentarnos esta pintura, ya como animal, ya como copia de un animal. Es preciso suponer también, que con la imagen que se pinta en nosotros sucede absolutamente lo mismo, y que la noción, que el alma contempla; es cierta cosa por sí misma, si bien es igualmente la imagen de otra cosa. Y así, en tanto que se considera en sí misma, es una representación del espíritu, es una imagen; y en tanto que hace relación a otro objeto, es como una copia y un recuerdo.

[...]

He aquí, pues, lo que es la memoria, y lo que es el acordarse. Repitémoslo: es la presencia en el espíritu de la imagen, como copia del objeto cuya imagen es; y la parte del alma a que pertenece la memoria, es el principio mismo de la sensibilidad por el cual percibimos la noción del tiempo.

Aristóteles. “Capítulo tercero: estudio de la imaginación” en *Acerca del alma*. Traducción: Tomás Calvo Martínez. Editorial Gredos. Madrid 1978.
ISBN 84-249-3518-7

Capítulo Tercero. Que se dedica al estudio de la imaginación señalándose cuidadosamente los rasgos diferenciales que la distinguen del resto de las actividades cognoscitivas

Es usual definir al alma primordialmente a través de dos notas diferenciales, el movimiento local y la actividad de inteligir y pensar. El inteligir y el pensar, por su parte, presentan una gran afinidad con la percepción sensible: en uno y otro caso, en efecto, el alma discierne y reconoce alguna realidad. De ahí que los antiguos lleguen a afirmar que pensar y percibir sensiblemente son lo mismo: Empédocles, por ejemplo, decía que “ con lo que está presente (a la percepción) aumenta a los hombres el conocimiento” y, en otro lugar, que “de ahí les viene el cambiar constantemente en lo que piensan” y lo mismo, en fin, quiere decir aquella frase de Homero de que “tal es, en efecto, su intelecto”.

Pues bien, es evidente que percibir sensiblemente y pensar no son lo mismo ya que de aquello participan todos los animales y de esto muy pocos. Pero es que tampoco el inteligir –me refiero a aquel en que caben tanto el inteligir con rectitud como el inteligir sin rectitud; el inteligir con rectitud está constituido por la prudencia, la ciencia y la opinión verdadera, y el inteligir sin rectitud por lo contrario de ellas –tampoco inteligir, digo, es lo mismo que percibir sensiblemente: prueba de ello es que la percepción de los sensibles propios es siempre verdadera y se da en todos

los animales, mientras que el razonar puede ser también falso y no se da en ningún animal que no esté dotado además de razón.

La imaginación es, a su vez, algo distinto tanto de la sensación como del pensamiento. Es cierto que de no haber sensación no hay imaginación y sin ésta no es posible la actividad de enjuiciar. Es evidente, sin embargo, que la imaginación no consiste ni en inteligir ni en enjuiciar. Y es que aquella depende de nosotros; podemos imaginar a voluntad –es posible, en efecto, crear ficciones y contemplarlas como hacen los que ordenan las ideas mnemotécnicamente creando imágenes –mientras que opinar no depende exclusivamente de nosotros por cuanto que es forzoso que nos situemos ya en la verdad ya en el error. A esto se añade que cuando opinamos de algo que es terrible o espantoso, al punto y a la par sufrimos de la impresión y lo mismo si es algo que nos encorajina; tratándose de la imaginación, por el contrario, nos quedamos tan tranquilos como quien contempla en pintura escenas espantosas o excitantes. Existen también, por lo demás, diferentes maneras de enjuiciar como son ciencia, opinión, prudencia y sus contrarios; en cuanto a sus rasgos diferenciales, es otro asunto.

Puesto que el inteligir es algo distinto de la sensación y puesto que abarca, según parece, tanto el imaginar como el enjuiciar, nos ocuparemos de ésta última actividad una vez que hayamos precisado lo relativo a la imaginación. Pues bien, si la imaginación es aquello en virtud de lo cual solemos decir que se origina en nosotros una imagen –exclusión hecha de todo uso metafórico de la palabra –ha de ser una de aquellas potencias o disposiciones, por medio de las cuales discernimos y nos situamos ya en la verdad ya en el error. Y éstas son sentido, opinión, intelecto y ciencia.

Que la imaginación no es un sentido se deduce con evidencia de los hechos siguientes. El sentido está en potencia o en acto –por ejemplo, vista y visión – mientras que una imagen puede presentarse sin que se dé ni lo uno ni lo otro, como ocurre en los sueños. Además, el sentido está siempre presente y disponible pero no la imaginación. Por otra parte, si fueran lo mismo en acto, la imaginación podría darse en todas las bestias; sin embargo, no parece que así sea en la hormiga, la abeja o el gusano. Más aún, las sensaciones son siempre verdaderas mientras que las imágenes son en su mayoría falsas. Amén de que cuando nuestra percepción del objeto sensible es exacta no solemos decir “me imagino que es un hombre”; antes bien, solemos decirlo cuando no percibimos con claridad. Es entonces cuando se dan las sensaciones verdaderas y falsas. Por último y como ya dijimos anteriormente, incluso con los ojos cerrados aparecen visiones.

Pero la imaginación no puede ser tampoco ninguna de las disposiciones habituales o potencias a las que siempre acompaña la verdad, como son la ciencia o el intelecto: y es que la imaginación puede ser también falsa. Sólo queda ver, pues, si es opinión, puesto que la opinión puede ser verdadera o falsa. Ahora bien, la opinión va siempre acompañada de convicción –no es desde luego, posible mantener una opinión si no se está convencido- y en ninguna bestia se da convicción a pesar de que muchas de ellas posean imaginación. Además, toda opinión implica convicción, la convicción implica haber sido persuadido y la persuasión implica la palabra. Y si bien algunas bestias poseen imaginación, sin embargo no poseen la palabra. Queda, pues, evidenciado que la imaginación no es ni una opinión acompañada de una sensación, ni una opinión producida por una sensación, ni el conjunto de opinión y sensación. De todo esto resulta también evidente que (según tales teorías) la opinión no recae sobre otro objeto que aquel sobre el cual recae, en su caso, la sensación: quiero decir, la imaginación viene a ser la opinión de que es blanco unida a la sensación de lo blanco y no, desde luego, la opinión de que es bueno unida a la sensación de lo blanco.

Imaginar viene a ser, pues, opinar acerca del objeto sensible percibido no accidentalmente. Ahora bien, ciertos objetos sensibles presentan una imagen falsa a los sentidos y, sin embargo, son enjuiciados de acuerdo con la verdad: por ejemplo, la imagen del sol aparece como de un pie de diámetro y, no obstante, el que lo ve está persuadido de que es mayor que el orbe habitado. Sucede por tanto, una de dos: o bien –sin que varíe el hecho y sin que el individuo en cuestión lo haya olvidado ni haya cambiado su convicción al respecto- la opinión verdadera ha desaparecido o bien –en caso de que aún la mantenga- tal opinión es necesariamente verdadera sólo se convierte en falsa cuando el hecho varía sin que uno se haya dado cuenta de ello.

La imaginación, por tanto, ni se identifica con ninguno de los tipos de conocimiento señalados ni es tampoco algo resultante de su combinación. Pero, puesto que es posible que cuando algo se mueve se mueva otra cosa bajo su influjo, y puesto que además la imaginación parece consistir en un movimiento que no se produce si no existe sensación, ya que parece tener lugar en los seres dotados de sensibilidad y recaer sobre los mismos objetos que la sensación; puesto que, por último, es posible que bajo el influjo de la sensación en acto se produzca un movimiento y tal movimiento ha de ser necesariamente similar a la sensación, resulta que un movimiento de este tipo no podrá darse sin sensación ni tener lugar en seres carentes de sensibilidad, el ser que lo posea podrá realizar y padecer múltiples acciones gracias a él y, en fin, el mismo podrá ser tanto verdadero como falso. Esto último sucede en virtud de lo siguiente. En primer lugar, la percepción de los sensibles propios es verdadera o, al menos, encierra un mínimo de falsedad. En segundo lugar, está la percepción del sujeto de que tales cualidades son accidentes; en esto cabe ya equivocarse: en efecto, no se equivocará en si es blanco, pero sí puede equivocarse en si lo blanco es tal cosa o tal otra. Por último y en tercer lugar, está la percepción de los sensibles comunes, aquellos que acompañan a los sensibles por accidente y en los cuales se dan los sensibles por accidente y en los

cuales se dan los sensibles propios: me refiero, por ejemplo, al movimiento y al tamaño que acompañan a los sensibles propios y acerca de los cuales es ya especialmente fácil equivocarse en la percepción. Por su parte, el movimiento producido por la sensación actual diferirá de la sensación misma en cada uno de estos tres tipos de percepción. El movimiento que corresponde al primer tipo de percepción es verdadero cuando la sensación está presente, mientras que los otros dos pueden ser falsos tanto si la sensación está presente como si está ausente y de manera muy especial si el objeto se encuentra lejos. Así, pues, si ninguna otra facultad posee las características expuestas excepto la imaginación y ésta consiste en lo dicho, la imaginación será un movimiento producido por la sensación en acto. Y como la vista es el sentido por excelencia, la palabra “imaginación” (phantasía) deriva de la palabra “luz” (pháos) puesto que no es posible ver sin luz. Y precisamente porque las imágenes perduran y son semejantes a las sensaciones, los animales realizan multitud de conductas gracias a ellas, unos animales –por ejemplo, las bestias- porque carecen de intelecto y otros –por ejemplo, los hombres- porque el intelecto se les nubla a veces tanto en la enfermedad como en el sueño.

En cuanto a la imaginación –qué es y por qué- valga, pues, lo antedicho.